XXXI Domingo del Tiempo Ordinario B

Dt 6.2-6; Hb 7,23-28; Mc 12, 28b-34

«¿Cuál es el mandamiento más importante?" Jesús contestó: "El más importante es éste: Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento más importante que éstos". El maestro de la ley le dijo: "Muy bien, Maestro. Tienes razón al afirmar que Dios es único y que no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había hablado con sensatez, le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Y nadie se atrevía ya a seguir preguntándole»

Las lecturas nos ponen frente a la verdad del primer mandamiento al cual nos invita el Padre, a amar a Dios y al prójimo como a uno mismo. Este es el centro de la fe para todo creyente. Al respecto el Papa Benedicto XVI nos dice: «…"La novedad de Jesús consiste, esencialmente, en el hecho que Él mismo 'plenifica' los mandamientos con el amor de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo que habita en Él. Y nosotros, a través de la fe en Cristo, podemos abrirnos a la acción del Espíritu Santo, que nos hace capaces de vivir el amor divino. (…) cada precepto se hace verdadero como exigencia de amor, y todos se resumen en un único mandamiento: ama a Dios con todo el corazón y ama al prójimo como a ti mismo…» (Benedicto XVI, Ángelus, 18 de agosto de 2012).

La primera lectura, el mandamiento del amor, expresa toda su perfección. Este mandamiento se ha introducido con la afirmación: «…El Señor nuestro Dios es solamente uno…». No hay más dioses, «nuestro Dios» es el único Dios. El politeísmo divide el corazón del hombre y su culto; el único Dios exige la totalidad indivisa del corazón humano con todas sus fuerzas. Entre el amor que Dios exige y el corazón humano no hay ningún dualismo: como si el corazón estuviera dentro y el mandamiento viniera de fuera o de arriba, sino que, por el contrario, el mandamiento debe quedar escrito en el corazón del hombre: «Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria»; con otras palabras: el amor a Dios pide desde dentro todo el corazón y todas sus fuerzas. El Papa Benedicto XVI: «…Quien acoge al Señor en su propia vida y lo ama con todo su corazón es capaz de un nuevo comienzo. Logra cumplir la voluntad de Dios: realizar una nueva forma de vida animada por el amor y destinada a la eternidad…» (Benedicto XVI, Ángelus, 20 de febrero de 2011)

La segunda lectura subraya de la manera más clara, el carácter existencial del sacerdocio de Jesús, que ya no necesita ofrecer sacrificios de animales; en el templo sino que se ofrece a sí mismo como víctima sin mancha en una auto inmolación necesaria para nuestra verdadera redención. su sacrificio es siempre y en todo momento algo actual «porque vive siempre para interceder en nuestro favor».

Dios es el único que puede escudriñar lo profundo del corazón del hombre, entonces sí solamente la palabra de Dios puede penetrar y escudriñar el corazón del hombre. Cristo cuando rechaza al maligno en la primera tentación del pan, nos está haciendo presente que la palabra que sale de la boca de Dios es Él mismo, y sólo Cristo, que es la Palabra de Dios, puede saciar el corazón del hombre, porque Cristo mismo es el que escudriñando el corazón del hombre, sólo El, colma el anhelo de todo hombre con el cual desea llenar su corazón; por eso la frase de San Agustín expresa este anhelo del hombre, cuando dice: "...nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti...". Se entiende que tantos hombres se dejen llevar por los impulsos de su corazón, porque van buscando el anhelo de la plena felicidad, y por eso el autor sagrado cuando dice en el Deuteronomio: "... amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...", nos está diciendo que si el hombre se abre al amor de Dios, solo el amor de Dios puede colmar este deseo de amor del hombre.

Entonces el hombre sin Dios es un hombre que busca saciar su ser, pero el hombre que ha encontrado a Dios sabe que es y existe en Dios, y su vida tiene sentido, y la enfermedad, las limitaciones tienen sentido en Dios; no tiene que buscar sucedáneos o esperar el reconocimiento, el aplauso o las limosnas de las personas para sentir que es persona, como Satanás pretendía así engañarlo a Cristo porque era carpintero, pero el diablo al mismo Dios que Es, quería hacerlo sentir que no era; y esta es la trampa del demonio que cada día engaña al hombre, porque el hombre: "es en Dios hombre"; pero Satanás hace creer a tantos hombres que no son y tienen que buscar ser, cuando el hombre es en cuanto vive en común unión con Dios.

El Beato Papa Juan Pablo II nos dice al respecto: «… La conversión íntima que el cristianismo propone es una auténtica experiencia de Dios (…) Pero la experiencia viva del Padre y del Hijo se realiza en el amor, es decir, en último término, en el Espíritu Santo, puesto que «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5)…» (Juan Pablo II, Audiencia general. 6 de octubre de 1999).

Podemos decir que la vida cristiana consiste en amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y dicho en palabras sencillas, es vivir en la gracia del Espíritu Santo en la voluntad de Dios, porque la voluntad de Dios nos

lleva a la santidad, y la santidad se expresa en el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Este es el camino de la puerta estrecha en el evangelio de Mateo; como la de Dt 30, 15 cuando dice: «…pongo ante ti vida o muerte, bendición o maldición…»

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar